

— Confieso que sí, pero no es por la razón que creéis.

— ¿Pues por qué?

— Por una cosa personal.

— ¿Vuestra?

— Mia; pero ¿á quién mejor que á unos amigos fieles podría decírla? Si alguna vez me viese en la alternativa de quedarme ó de huir para escapar de algún peligro, me quedaría... ¿Y sabéis por qué?

— No, hablad.

— Tengo miedo.

— ¡Vos, Pontcalec! ¡vos miedo! ¿qué significa esto?

— Sí, amigos míos, sí; el Océano es nuestro refugio; no hay uno de vosotros que no encuentre su salvación en uno de esos mil buques que cruzan por el Loira desde Paimbeuf á Saint-Nazaire; pero lo que para mis compañeros es una salvación, para mí es una muerte segura.

— No os comprendo, dijo Talhoët.

— ¡Me asustáis! añadió Montlouis.

— Escuchad, mis queridos amigos, dijo Pontcalec. Y comenzó la siguiente relación, que fué oída atentamente, porque todos sabían que para que Pontcalec tuviese miedo era preciso que el motivo fuese grande.

XXI.

La bruja de Savenay

Yo tenía diez años y vivía en el castillo de Pontcalec, situado en medio de los bosques: un día que resolvimos mi tío Crisógono, mi padre y yo salir á cazar conejos con hurón á un soto distante unas cinco ó seis leguas, nos encontramos junto á un matorral una mujer sentada que estaba leyendo. Hay tan pocas mujeres en Bretaña que sepan leer, que esta circunstancia nos llamó mucho la atención y nos detuvimos para contemplar á la lectora. Parece que la estoy viendo aún, y cuidado que hace de esto veinte años; vestía el traje negro de nuestras bretonas, con la cofia blanca, y se hallaba sentada sobre un haz de hierba recién cortada.

Nosotros estábamos colocados del modo siguiente: mi padre montado en un caballo bayo de doradas crines; mi tío en un potro tordo, vivo y ardiente, y yo en una jaquita blanca, fuerte como el hierro, y mansa como un cordero.

La mujer alzó los ojos y nos vió agrupados delante de ella y mirándola con curiosidad. Al verme firme

en mis estribos al lado de mi padre, que parecía orgulloso de mi marcial postura, se levantó de repente y acercándose á mí me dijo:

— ¡Qué lástima!

— ¿Qué queréis decir? preguntó mi padre.

— Quiero decir que no me gusta ese caballito blanco, respondió la mujer.

— ¿Y por qué?

— Porque será fatal á vuestro hijo.

Ya sabéis que nosotros los bretones somos supersticiosos; de suerte que mi padre, á pesar de ser de ánimo esforzado y resuelto, se detuvo sin atender á las instancias de mi tío Crisógono que le invitaba á seguir la marcha; y temblando al pensar que podría sucederme alguna desgracia, repuso:

— Sin embargo, este caballo es manso, y Clemente le maneja muy bien para su edad. Yo mismo le he montado muchas veces para pasear por el parque, y tiene un paso sumamente igual y cómodo.

— Yo no entiendo nada de eso, respondió la mujer; pero si puedo deciros que ese caballito blanco será causa de que suceda alguna desgracia á vuestro hijo: os lo prevengo.

— ¿Y cómo podéis saber eso?

— Lo veo, contestó la vieja con acento singular.

— Pero, ¿cuándo ha de suceder?

— Hoy mismo.

Mi padre se puso pálido y yo también tuve miedo; pero mi tío Crisógono, que había militado en todas

las guerras de Holanda, y que se había vuelto des- preocupado batiéndose contra los hugonotes, se echó á reír á carcajadas.

— ¡Pardiez! dijo, he aquí una mujer que entiende perfectamente la lengua de los conejos de Savenay. ¿Qué dices de eso, Clemente? ¿Quieres volverte al castillo y privarte de la caza?

— Tío, respondí yo, prefiero continuar con mi padre y con vos.

— Es que tú también estás muy pálido; ¿tendrás acaso miedo?

— Yo no tengo miedo, contesté.

— Y mentía, porque en mi interior percibía cierto estremecimiento que se asemejaba mucho á la sensación que procuraba disimular.

Mi padre me confesó después, que á no haber sido por las palabras de su hermano que le causaron una vergüenza mal entendida, y sin las mías que lisonjearon su amor propio, me habría enviado á casa á pie ó en el caballo de un criado; pero esto hubiera sido un mal ejemplo para un niño de mi edad, habiendo dado motivo á las burlas del vizconde, mi tío.

Continué, pues, en mi jaca blanca; al cabo de dos horas llegamos al soto, y la caza comenzó.

El placer nos hizo olvidar la predicción; pero cuando se concluyó la caza y nos encontramos reunidos otra vez mi padre, mi tío y yo, me dijo mi tío:

— ¡Hola! Clemente, todavía te mantienes firme sobre tu jaca; ¡Diablo! eres un muchacho atrevido.

Yo me eché á reír y mi padre también. En aquel momento atravesábamos una llanura de arena tan unida y nivelada, que hubiera podido compararse al pavimento de esta sala. No había ningún obstáculo que vencer ni objeto alguno que pudiera espantar á los caballos, y sin embargo, en el mismo instante, el mío dió un bote hacia adelante, que me sacó de la silla, y después se encabritó arrojándome al suelo á la distancia de cuatro pasos: mi tío soltó una carcajada; mi padre se puso más pálido que la muerte; yo no me movía. El autor de mis días echó pie á tierra y me levantó: me había fracturado una pierna.

Imposible sería describir el dolor de mi padre y la aflicción de los criados; pero mucho más inexplicable era la sombría desesperación de mi tío: arrodillado junto á mí, desnudándose con mano trémula, llenándose de caricias y de lágrimas, no decía una palabra que no fuese una ferviente súplica, y durante todo el camino mi padre se vió obligado á consolarle y abrazarle repetidas veces; pero á nada correspondía.

Llamóse al facultativo más acreditado de Nantes, el cual declaró me hallaba de mucho peligro: mi tío estaba todo el día pidiendo perdón á mi madre, y durante el tiempo de mi enfermedad se observó que había cambiado completamente de vida: en vez

de beber y cazar con los oficiales, en vez de marcharse con su lugre á las partidas de pesca, á que era tan aficionado, no se apartaba un momento de la cabecera de mi lecho.

La fiebre duró seis semanas y la enfermedad cerca de cuatro meses; pero al fin me salvé, no quedándose ni la más leve señal de fractura. La primera vez que salí, mi tío me acompañó dándome el brazo; pero luego que se concluyó el paseo, se despidió de nosotros con los ojos bañados de lágrimas.

— ¿Adónde vas, Crisógono, le preguntó mi padre sorprendido.

— He hecho la promesa de hacerme cartujo si Clemente curaba, y voy á cumplirlo.

Entonces hubo otra escena de desconsuelo: mis padres estaban alligidísimos; yo me colgué al cuello de mi tío para decidirle á quedarse con nosotros; pero el vizconde era uno de esos hombres que no faltan jamás á una palabra empeñada, ni retroceden ante una resolución vigorosa. Tanto las súplicas de mi padre cuanto las de mi madre y mías fueron vanas, y no pudimos hacerle variar de determinación.

— Hermano mío, dijo, ignoraba que Dios se dignaba alguna vez revelarse á los hombres por medio de actos misteriosos. He dudado, y debo sufrir el castigo. Además, no quiero que mis placeres en esta vida me priven de mi salvación eterna.

Después de pronunciadas estas palabras, nos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

abrazó, puso su caballo al galope y á poco le perdimos de vista: encerróse en la Cartuja de Morlaix, y pasados dos años, los ayunos, las maceraciones y los pesares habian convertido aquel festivo compañero, aquel amigo sincero, en un cadáver casi insensible. Finalmente, al cabo de tres años de reclusión, murió instituyéndome por su único y universal heredero.

— ¡Diablo! vaya una historia triste, dijo de Conédie sonriéndose; pero tiene su lado bueno y su lado malo. La vieja se olvidó de decirte que la fractura de tu pierna sería causa de que duplicaras tu caudal.

— Escuchad, repuso Pontalec más grave y serio que nunca.

— ¡Ah! ¿no habéis acabado todavía? replicó Talhouët.

— He referido solo la primera parte de mi historia, y tiene tres.

— Continúa.

— ¿Habéis oído hablar de la extraña muerte del marqués de Caradee?

— Sí, dijo Montlouis; nuestro antiguo discípulo de Rennes, á quien encontraron asesinado hace diez años en el bosque de Chateaubriand.

— Justamente, prestadme atención; pero al mismo tiempo tened presente que este es un secreto que hasta ahora nadie lo ha sabido más que yo, y que no debe salir de entre nosotros.

Los tres bretones que oian con grande interés la relación de Pontalec, le prometieron considerar como sagrado el secreto que iba á confiarles.

— Pues bien, continuó Pontalec, esa grande amistad de colegio de que ha hablado Montlouis, se había entibiado algún tanto entre Caradee y yo á causa de cierta rivalidad. Amábamos á la misma mujer, y yo era el preferido. Cierta dia decidí ir á caza de gamos al bosque de Chateaubriand. Desde la vispera envié mis perros y mi montero para que levantase la caza, y yo mismo me dirigía al punto de reunión, cuando vi en el camino delante de mí un enorme haz de leña: esto no me llamó la atención, porque bien sabéis que nuestros paisanos acostumbran á cargarse sobre las espaldas haces más gruesos y más altos que ellos; de modo que desapareciendo detrás de su carga, el que la mira de lejos cree que se mueve por sí sola. Á poco rato el haz de leña que me precedía se detuvo, y una buena vieja dirigiéndose á mí, se enderezó fijando en el suelo su carga y apoyándose en ella. Á medida que me acercaba, mis ojos no podían apartarse de los de aquella mujer; en fin, mucho tiempo antes de que hubiese llegado á donde se hallaba, la había reconocido por la bruja que en el camino de Savenay me había predicho, hacía diez años, que mi jaca blanca me causaría una desgracia.

Confieso francamente que el primer impulso fué

retirarme de aquel camino, á fin de evitar el encuentro de la profetisa del infortunio; pero ella me habia visto, y en su maligna sonrisa me pareció conocer que me esperaba. Contaba yo diez años más que cuando me hiciera estremecer su primer vaticinio: reflexioné que sería una cobardía retroceder, y continué mi camino.

— Buenos días, marqués de Pontcalec, me dijo, ¿cómo está el marqués de Guer?

— Bueno, respondí yo, y no pasaré cuidado acerca de su salud, si vos me aseguráis que nada le ha de suceder durante mi ausencia.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! repuso riendo; ¿ no habéis olvidado el arenal de Savenay? Tenéis una excelente memoria, marqués; pero á pesar de eso, si os doy un buen consejo, quizás no le seguiréis, despreciándolo como hicisteis la otra vez. El hombre es ciego.

— ¿ Y qué consejo es ese? veamos.

— Que no vayáis de caza hoy, marqués.

— ¿ Por qué razón?

— Que os volváis á Pontcalec sin dar un paso más.

— No es posible; tengo citados á varios amigos en Chateaubriand.

— Tanto peor, marqués, tanto peor; porque en esa caza se verterá sangre.

— ¿ La mía?

— La vuestra y la de otro.

— ¡ Bah! estáis loca!

— Lo mismo decía vuestro tío Grisónogo. ¿ Cómo está vuestro tío Grisónogo?

— Hace siete años que murió en la Cartuja de Morlaix.

— ¡ Pobre caballero! dijo la bruja, era como vos; estuvo mucho tiempo sin creer, pero al fin creyó; sólo que ya fué tarde.

Yo me estremecí involuntariamente; pero mi vanidad me decía en el fondo de mi corazón, que sería cobardía ceder á tales temores, y que sin duda la casualidad era la única que habría realizado la primera predicción de aquella mujer.

— ¡ Ah! dijo ésta; bien veo, joven, que la experiencia de lo que os sucedió no os ha hecho cuerdo. Pues bien, id á Chateaubriand, ya que así lo queréis; pero al menos enviad á Pontcalec ese hermoso cuchillo de montè tan brillante.

— ¿ Y con qué cortará el señor el pie del ciervo? dijo mi criado que me seguía.

— Con vuestro cuchillo, respondió la vieja.

— El ciervo es un animal regio, repuso mi criado, y exige que se le corte el jarrete con un cuchillo de monte.

— Además, añadí yo, vos habéis dicho que mi sangre correría: esto quiere decir que seré atacado, y si lo soy, preciso es que me defienda.

— Yo no lo sé que quieren decir mis palabras, me respondió la vieja; lo que sé es que en vuestro

lugar no iría á Chateaubriand, y si fuese, sería después de haber enviado mi cuchillo de monte á Pontcalec.

— ¿ Pero cree el señor vizconde á esta vieja hechicera? dijo mi criado, que sin duda temía que yo le mandase á Pontcalec con el arma fatal.

Si hubiera estado solo me habría vuelto; pero delante de mi criado, ¡ extraña debilidad del hombre! no quise aparecer como temeroso de un peligro.

— Gracias, buena mujer, dije á la bruja; pero verdaderamente no veo en lo que decis razón alguna para no ir á Chateaubriand. En cuanto á mi cuchillo de monte, le llevo conmigo para defenderme si por casualidad soy atacado.

— Id, pues, y deféndeos, dijo la vieja moviendo la cabeza; nadie puede librarse de su destino...

No oí más porque había puesto mi caballo al galope: sin embargo, en el momento de ir á volver un recodo del camino, dirigí la vista atrás y vi la vieja, que después de haberse cargado su haz de leña, emprendía de nuevo la marcha lentamente.

Una hora después me hallaba en el bosque de Chateaubriand, rodeado de mis amigos, entre los cuales estabais vos, Montlouis, y vos también, Talhouët; porque ambos erais de la partida.

— Sí, es verdad, dijo Talhouët, y ahora empiezo á comprender.

— Y yo, repuso Montlouis.

— Pero, yo no sé nada, añadió de Couëdic. Continúad, pues, Pontcalec, continuad.

Nuestros perros levantaron la caza, y nosotros nos lanzamos en su seguimiento; pero no éramos los únicos que cazábamos en el monte, y á lo lejos se oía el sonido de otras córnetas que se iban acercando. Bien pronto nos confundimos unos con otros, y algunos de mis perros, perdiendo la pista del ciervo que seguían, corrieron tras del que perseguían los de la otra partida. Yo me lancé en pos de ellos para hacerlos volver, y esto me separó de mis compañeros: pronto oí aullar á mis perros y los latigazos que les daban: apresuré la carrera y hallé al barón de Caradec persiguiéndolos con su látigo y descargándoles continuos y furiosos golpes. Ya os he indicado que había entre nosotros ciertos motivos de odio, que no necesitaba más que una ocasión para producir sus efectos. Le pregunté con qué derecho castigaba mis perros: su respuesta fué más altanera aun que mi pregunta. Estábamos solos, teníamos veinte años, éramos rivales; nos aborrecíamos, ambos íbamos armados; sacamos nuestros cuchillos de monte, nos precipitamos uno sobre otro, y Caradec cayó de su caballo atravesado de parte á parte.

Deciros lo que me pasó cuando le vi caer y revolcarse en su sangre con los dolores de la agonía, sería cosa imposible: metí las espuelas en los ijares de mi caballo, y salí á escape como un frenético á

través de los árboles del bosque; pronto oí vuestros gritos, y llegué á tiempo de cortar el jarrete del ciervo. Solamente hago memoria, y vos, Montlouis, recordaréis también, que me preguntasteis de donde venía, que estaba tan pálido.

— Es verdad, dijo Montlouis.

— Entonces, me acordé del consejo de la hechicera, y me reconvine muy severamente por no haberlo seguido; aquel duelo solitario y mortal le reputaba como un asesinato. Nantes y sus cercanías se me hicieron insoportables, porque diariamente oía hablar de la muerte de Caradec; es verdad que nadie sospechaba de mí, pero la voz de mi conciencia gritaba tan fuerte, que veinte veces estuve á punto de delatarme á mi mismo.

Á consecuencia de esto salí de Nantes, y me dirigí á Paris, no sin haber tratado de volver á ver á la hechicera; pero no sabiendo su nombre, ni su morada, no me fué posible hallarla.

— Es singular, dijo Talhoüet; ¿y desde entonces no habéis sabido nada más de ella?

— Esperad, esperad; ahora llega lo más terrible. Este invierno, ó más bien el último otoño, volvía por una noche de Guer, por cierto que nevaba mucho, y me detuve en Pontcalec-des-Aulnes, á donde había enviado á mis criados para que preparasen alojamiento. En efecto, así lo hicieron; y cuando llegué acompañado de dos arrendadores míos, con quienes había estado de caza, encontra-

mós dispuesto un gran fuego y una buena cena.

Al entrar, y mientras mis gentes me saludaban y me hacían sus ofrecimientos, distinguí en un rincón del hogar á una vieja que al parecer dormía envuelta en una ancha capa de lana gris y negra, cual si fuese una fantasma.

— ¿Qué es aquello? pregunté al arrendador con voz alterada y estremeciéndome á pesar mio.

— Una vieja pordiosera á quien no conozco y que tiene trazas de bruja, me contestó: estaba extenuada de fatiga, de hambre y de frío: me pidió limosna y la dije que entrase; le di un pedazo de pan, y después de habérselo comido, se ha quedado dormida al calor de la lumbre.

La persona de quien hablábamos hizo un ligero movimiento.

— ¿Qué os ha sucedido, señor marqués, me preguntó la mujer del arrendador, que venis empapado en agua y vuestros vestidos tienen lodo hasta por la espalda?

— Lo que ha sucedido, mi buena Martina, respondí yo, es que por poco cenáis y os calentáis sin mí, aunque hayáis encendido este fuego y hecho la cena con la intención de que yo participara de ambas cosas.

— ¡ De veras! exclamó asustada la excelente mujer.

— ¡ Ah! el señor marqués ha estado á punto de perecer.

— ¿Y cómo? ¡ Jesús, Dios mío! ¡ pobre señor!

— Enterrado vivo, mi querida Martina. Estos pantanos están llenos de hornagueros; me aventuré sin sondear el terreno, y de repente sentí que me hundía poco á poco, de suerte que sin mi escopeta que puse atravesada y dió tiempo á vuestro marido para llegar á mi socorro, me hubiera ahogado entre cieno, lo cual habría sido una muerte no sólo cruel sino ridícula.

— ¡ Oh! ¡ señor marqués, dijo la arrendadora, en nombre de vuestra familia os ruego que no os esponzáis así!

— Dejadle, dejadle, dijo con voz sepulcral aquella especie de sombra acurrucada en el rincón de la chimenea... no morirá así, yo se lo predigo.

Y levantando lentamente la capucha de su caparazón me mostró su rostro. Era la misma mujer que se me había aparecido la primera vez en el camino de Savenay, y la segunda en el de Chateaubriand para hacerme tan tristes predicciones.

Quedéme inmóvil y como petrificado.

— Me conocéis, ¿no es verdad? me dijo sin moverse.

Yo bajé la cabeza en señal de afirmación, pero sin tener valor para responder. Todos se agruparon al rededor nuestro.

— No, no, tranquilizaos, continuó la bruja; no moriréis así.

— ¿Y cómo lo sabéis? pregunté yo balbuciente

y convencido en mi interior de que lo sabía.

— No puedo deciroslo, porque yo misma lo ignoro; pero bien sabéis que no me equivoco.

— ¿Y cómo he de morir? le dije reuniendo todas mis fuerzas para hacer esta pregunta, y toda mi serenidad para escuchar su respuesta.

— Moriréis por el mar, marqués.

— ¿Cómo es eso? no os comprendo, explicaos con más claridad.

— He dicho lo que me ha parecido, y no puedo explicarme más; solamente os prevengo, marqués, que no os fiéis del mar.

Todos los circunstantes se miraron como espantados; algunos balbucearon ciertas oraciones, otros hicieron la señal de la cruz; la vieja volvió á cubrirse la cabeza con la capucha, y por más preguntas que la dirigimos, no quiso contestar la menor palabra.